

La Serie de los Hermanos Thorpe N° 3

Su Amante Inesperada

Por Elizabeth Lennox

Regístrate en historias libres en www.ElizabethLennox.com/subscribe/

Sígueme en Facebook: www.facebook.com/Author.Elizabeth.Lennox

O en Twitter: www.twitter.com/ElizabethLenno1

ISBN13: 9781944078034

Copyright © Elizabeth Lennox Books, LLC, 2015. All rights reserved.

Título original: The Thorpe Brothers Series #2, *His Unexpected Lover*

Traducción: Jana Bueno

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, lugares, eventos e incidentes son o bien el producto de la imaginación del autor o usados de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o eventos reales es pura coincidencia. La reproducción de este material, ya sea electrónico o cualquier otro formato, ya sea en uso o un futuro invención, está estrictamente prohibido a menos que tenga el consentimiento directo del autor.

Si descarga este material en cualquier formato, ya sea electrónico o de otro, en un sitio no autorizado, por favor ten cuidado de que usted y el sitio web está en violación de la infracción de copyright. Daños financieros y punitivas pueden llevarse a cabo en cualquier lugar legal es apropiado.

Capítulo 1

—No puedo hacer esto —susurró para sí—. Creí que podía, pero me resulta imposible.

Kiera hundió los hombros e intentó encontrar las respuestas en el fondo de su copa de martini. Por desgracia, la bebida parecía burlarse de ella, formando pequeños círculos en la superficie y disipándose rápidamente como si dijera: “Jamás debiste venir aquí”.

O tal vez el movimiento de la copa fuera sólo un indicio de que alguien pasaba dando fuertes pisadas, que sacudían el líquido que estaba dentro.

Mantuvo la cabeza en alto, tratando de decidir qué hacer. Apenas hacía menos de una semana que estaba en su nuevo empleo y ya le encantaba. La gente era divertida, trabajadora, sumamente inteligente..., todo lo cual lo hacía un lugar de trabajo ideal, donde sentía el incentivo de brillar y destacarse y, lo que era mejor, respetaba a sus colegas. Sabía por instinto que el grupo Thorpe alentaba la competencia, pero, a diferencia de otros bufetes, no consentía las traiciones ni la presión que llevaba a renunciar a un caso si no se podía ganar. Oh, ¡y cómo ganaban casos! Los clientes llegaban al Grupo Thorpe en busca de asesoramiento legal de todos los rincones del país, incluso de todo el mundo, porque sabían que el grupo Thorpe cumplía. La diferencia era que su éxito se debía a un equipo legal brillante versus tácticas legales poco éticas.

Había otros estudios de abogados que tenían una reputación similar, aunque ninguna era tan glamorosa como la del grupo Thorpe. Sumar en su currículum algunos años trabajando en este estudio la prepararía para el éxito, cualquiera fuera el siguiente paso que decidiera tomar en su carrera profesional.

No, el trabajo y las personas que trabajaban allí no eran el problema.

Incluso el lugar era perfecto. Chicago era una ciudad fabulosa con museos excelentes, una comunidad artística floreciente, millones de *shoppings* y una gran variedad de personas con las que podía interactuar.

No, todos sus dilemas eran personales. Había sido una ridícula en convencerse de que podría manejar ese problema. Después de sólo unos días, sabía que el tema la superaba.

Axel Thorpe.

Ese día, más temprano, había visto al formidable y espléndido hombre. Y el solo hecho de verlo, de echarle un vistazo al entrar en una sala de conferencias, era el motivo por el cual se hallaba allí, intentando ahogar sus problemas en un martini.

Desgraciadamente, se dio cuenta de que no le gustaban los martinis después de pedir el potente cóctel.

Tampoco le gustaba la reacción que había tenido su cuerpo cuando se reencontró con Axel Thorpe. Estuvo a punto de hacer un papelón. Por suerte, no creyó que él la hubiera visto tropezarse, ni ninguno de sus colegas, algo que debía agradecer. Se tuvo que aferrar de una silla para evitar la caída. Seguramente, se vio ridículo, pero al menos no se había caído al suelo. Podría haber desestimado el accidente como una casualidad si no hubiera estado a punto de golpearse en la frente sobre mesa de la sala de conferencias, un objeto sobre el que no mucha gente se tropezaba, dados su tamaño y ubicación evidente en el medio de la sala. Pero, claro, no todo el mundo acababa de toparse con el amor de su vida después de tantos años.

Keira suspiró y le dio otro sorbo a su martini. Tal vez debía insistir hasta terminarse el trago. Obligarse a beberlo. Con suerte, el alcohol impediría que la imagen se repitiera una y otra vez en su cabeza. Finalmente, terminaría por no sentir nada. Era posible que así pudiera también manejar el tema con Axel: encontrarse con él una y otra vez hasta que el cuerpo le quedara insensibilizado.

Quizás el hecho de habérselo cruzado hoy y la humillante reacción habían sido nada más que un accidente. Tal vez si sólo se acercaba a él y le hablaba, si lo saludaba y le preguntaba qué tal había sido su día, no se sentiría tan ofuscada cada vez que se cruzaba casualmente con él. Un poco como darse una vacuna contra la alergia para fortalecer el sistema inmunológico.

Suspiró y dio otro sorbo a su martini, haciendo una mueca ridícula al intentar tragar la desagradable bebida. Tuvo que reconocer que su idea era muy estúpida. El hecho concreto era que aunque habían pasado seis años de no verlo, el atractivo o el impacto que ejercía sobre ella durante su época universitaria no habían disminuido en absoluto. Cada vez que lo veía, perdía el habla. Igual que hoy. Se le aflojaban las rodillas, le costaba respirar, comenzaba a temblar y era incapaz de formar una frase coherente.

¡Tal vez fuera una alergia!

Casi se le escapa una carcajada. Miró su bebida. ¿Estaría llegando ya a la etapa de la histeria con apenas unos sorbos de martini?

Sacó una carpeta de su maletín de cuero, con la intención de trabajar un poco. No pensaría más en Axel. Simplemente lo expulsaría de la mente cada vez que apareciera. ¿Y si se lo cruzaba por los pasillos en la oficina? Sabía que era una posibilidad cuando aceptó el puesto en el grupo Thorpe. Bueno, en realidad ella sabía que era uno de los dueños. Habría sido una idiota si hubiera creído que nunca lo vería.

Pero después de tantos años creyó haber superado lo que sentía por él.

Sacudió la cabeza con sorna. ¿Se podía superar lo que se sentía por una persona como Axel? Era realmente único. Recordaba la primera vez que lo había visto, riéndose a las carcajadas en un bar igual a éste. Ella era estudiante de segundo año en la Universidad de Georgetown, en Washington, D. C., y él, asistente para un juez de la Corte Suprema.

Había sido un tipo estupendo, pensó con una sonrisa. Tan alto, tan apuesto, y era posible ver el encanto y el carisma que brotaban de su sonrisa...

Seis años atrás...

—Este lugar tiene demasiada gente —señaló Kiera, echando un vistazo a través de las ventanas de un exclusivo bar en Georgetown—. ¿Por qué no volvemos al bar de siempre?

Debbie tomó a Keira de la mano y la hizo adentrarse aún más entre la multitud; era evidente que tenía un motivo de relevancia para querer estar allí.

—Porque Brian estará allí —refiriéndose a su ex novio, casi gritando para hacerse oír por encima del ruido del bar—. Y realmente no me quiero volver a encontrar con él. Sigue enojado porque rompimos la semana pasada.

Rápidamente esquivó a alguien que estuvo a punto de tirarle una cerveza encima.

—Este lugar es un poco más bullicioso que los lugares que solemos frecuentar —advirtió Kiera.

Debbie se dio vuelta y sonrió.

—¡Es fantástico! Me encanta probar lugares nuevos y conocer gente nueva.

El único problema era que Debbie había invitado a todos los amigos que tenían, así que lo más seguro era que no conocerían a nadie nuevo.

—No sé si esta noche tengo el ánimo para mucha aventura, Debbie —le avisó Kiera. No era que no le gustara probar cosas nuevas, pero prefería lugares menos masivos. Ese bar estaba que explotaba de gente.

—Entonces, por una noche haz de cuenta que te encanta —le soltó Debbie a su vez riéndose, al tiempo que tiraba de Kiera hacia la barra y pedía dos cervezas.

Kiera sacudió la cabeza, pero siguió a su amiga, aunque no estuviera segura de que fuera tan buena idea.

—Como quieras —dijo e intentó disimular la extraña sensación que de pronto se había apoderado de ella. Los exámenes de mitad del semestre acababan de finalizar, y tenía un respiro antes de tener que entregar el siguiente trabajo de investigación. No era mala idea desconectarse unas horas. —No nos quedaremos hasta muy tarde.

¿Estaría siendo demasiado cauta? Probablemente sí, se dijo mientras se deslizaba entre una pareja que estaba en medio de un debate acalorado sobre las últimas disputas políticas. Era difícil evitar este tipo de discusiones en un bar en Georgetown. No sólo estaban a pocos kilómetros del centro de la administración federal, donde la propiedad era tan cara, sino que la zona era pura historia. Las calles estaban en su mayoría recubiertas de adoquines de la época colonial, e incluso una pequeña casa adosada podía costar muy por encima del millón de dólares. Los adoquines habían sido traídos como lastre para el comercio del ron, pero los debates políticos se debían a la proximidad del gobierno federal. Ella sospechaba que muchas de las personas que se encontraban allí eran estudiantes de estudios internacionales, licenciados en ciencias políticas, o estaban haciendo pasantías para un senador o diputado.

—Esto es increíble —le gritó a voces Debbie, sonriendo de oreja a oreja, evidentemente excitada de frecuentar un ámbito nuevo y no los lugares a los que solían ir.

Aquel bar era más oscuro. Seguramente, lucía con orgullo los ladrillos a la vista y las pesadas vigas de madera en el techo, que podían ser o no de la época colonial. Si no lo eran, a Kiera le costaba creer que el dueño confesaría que eran vigas nuevas. Muchos de los locales promocionaban el “*look* antiguo” de sus edificios, reacondicionándolos para que estuvieran ambientados al estilo de la colonia, pero

con todo el equipamiento moderno. Por supuesto, estaba aquel bar a la moda que conocía, que se jactaba de tener agujeros de bala en la pared. No es que aseguraran que las balas fueran de la época de la colonia, pero la idea era que cada bar debía tener alguna particularidad.

Tomó la cerveza que le pasó Debbie y luego se dio vuelta, tratando de encontrar un lugar para sentarse. Las posibilidades de encontrar una silla o un banco en un lugar tan multitudinario serían escasas, pensó mientras paseaba la mirada por el bar.

Kiera lo vio en el instante en que Debbie le dio la espalda. Estaba en un grupo de otros cuatro o cinco hombres, y todos estaban riéndose de algo. Pero él no. Él tenía la mirada fija en ella. Sus ojos parecieron atrapar los suyos. Aquellos ojos eran tan intensos, la mirada tan profunda que la sacudió de arriba abajo. Pero más que sus ojos fueron atrapados. Todo su cuerpo quedó paralizado, al tiempo que el ruido, la multitud, el olor húmedo de la cerveza y las otras bebidas... todo desaparecía como por arte de magia, en tanto ella se quedó mirándolo a su vez. No pudo respirar ni quitarle los ojos de encima. Ni siquiera se pudo mover.

Tampoco advirtió que Debbie se dio vuelta y estaba intentando iniciar una conversación con ella hasta que soltó un resoplido:

—¿Quién es ese tipo?

Kiera hizo un esfuerzo sobrehumano, pero al fin consiguió apartar la mirada y echar un vistazo a su amiga. ¡Descubrió horrorizada que Debbie también tenía la mirada fija en él! ¡En su candidato! Y había un gran interés reflejado en los preciosos rasgos de Debbie. Una ola de celos, caliente y fuerte, apuñaló el cuerpo de Kiera. No le gustaba que su amiga estuviera siquiera mirando a un hombre que ya consideraba suyo.

De acuerdo, eso era ridículo. No podía reivindicar la posesión de un ser humano sólo porque se estuvieran mirando el uno al otro desde la otra punta del bar. Pero no había manera de reprimir los sentimientos de furia que explotaron dentro de Kiera al ver a su amiga inspeccionando al desconocido alto y buenmozo. Kiera intentó adoptar una actitud racional. Ella no tenía ningún derecho sobre el tipo. Pero de todos modos, de pronto se sintió indignada de que Debbie hubiera osado mirarlo. Eran celos repentinos y devoradores, un sentimiento que jamás había experimentado Keira, así que no estaba segura de cómo manejar ese nivel de intensidad. En el

pasado los hombres jamás la habían afectado. Para ella eran sencillamente otros seres humanos con los que podía estudiar o bromear cuando hacía una pausa en el estudio.

Con este hombre resultaba completamente diferente. Y completamente irracional.

En lugar de blanquear sus celos, Kiera dio un sorbo a su cerveza y tiró de Debbie para que se metiera dentro de la multitud hasta perder al hombre de vista, aunque la cabeza rubia de Debbie seguía estirándose hacia todos lados intentando encontrarlo.

Debbie no tenía ningún escrúpulo en hacerle saber a un tipo que estaba interesada en él. Pero ¿no necesitaba un poco de tiempo para superar lo de Brian? ¿Acababa de romper con su novio esa misma semana! ¿Qué hacía comiéndose con los ojos a otro hombre tan pronto? Era ridículo y una falta de respeto para los sentimientos de Brian, por no mencionar los tres años que habían estado juntos.

Kiera intentó por todos los medios ignorar sus celos, alentando a Debbie a hablar de sus clases y de sus amigos para distraerla del magnífico hombre. Cuando un par de amigos más se unieron a ellas, sintió alivio de tener finalmente apoyo para desviar el interés de Debbie del hombre que Kiera ya reclamaba como suyo, al menos mentalmente. Eso no quería decir que ella misma no haría algo para aliviar el intenso deseo de saber más sobre ese individuo apuesto, dueño de un par de penetrantes ojos azules como el hielo.

Por desgracia, Kiera no era como Debbie. Así como Kiera era tímida e introvertida, Debbie era la fiestera, la que obligaba a Kiera a salir y divertirse más. Debbie tampoco ocultaba su interés por el sexo opuesto. Cuando quería un hombre, se dirigía directamente a él y comenzaba a hablarle. Kiera jamás había sentido la necesidad de hacerlo, pero sabía que esa noche no abordaría a ese sujeto. No era lo suficientemente valiente. Además, su mirada le provocó sensaciones atemorizantes en todo el cuerpo. ¿Y ni siquiera la había tocado! No, era demasiado para ella. Lo mejor era mantener la distancia con aquel tipo de... lo que fuera.

Una hora después, Kiera tuvo unas ganas tremendas de ir al baño. Por desgracia, el hombre que había advertido más temprano estaba ubicado cerca del corredor donde estaban los baños. Cambió de posición en la silla, decidida a ignorar las ganas. Pero cuando Debbie salió con que también quería ir, Kiera no iba a dejar que fuera sola.

—Voy contigo —dijo, decidida a evitar que Debbie y el desconocido se volvieran a ver. Kiera sabía que el tipo no podía ser suyo. No era ni glamorosa, ni rica, ni ninguno de esos adjetivos que se le podrían aplicar a la mujer que apareciera tomada del brazo de aquel hombre. Era aceptablemente bonita, con su cabello ondulado color castaño, que tenía una tendencia a alborotarse. Tenía una figura bastante pasable, pero tampoco era modelo de ropa interior.

Para resumir, Kiera sabía que era un tipo de mujer totalmente común y corriente.

En cambio, Debbie no sólo era rubia y hermosa, sino que tenía un encanto que parecía atraer a los hombres como moscas. Era simpática y divertida, además de increíblemente inteligente. Y durante el último año, se habían vuelto buenas amigas y compañeras de estudio. Pero en ese momento, Kiera pudo decir con total sinceridad que detestaba a Debbie. Porque sabía que ella le iba a hablar al desconocido. Kiera lo podía ver en sus ojos, y no podía hacer nada para detenerla. Se sentía completamente impotente, desesperada por evitar que Debbie se anotara una conquista más a su favor, pero al mismo tiempo no se le ocurría nada para impedir que usara su magia.

Kiera no tenía duda alguna de que Debbie se iba a acercar al hombre. Lo vio en sus ojos, mientras ella le echaba un vistazo al tipo, preocupada al medir la distancia entre su amiga y él.

Pero apenas logró encontrarlo en medio de la multitud, se dio cuenta ¡de que la estaba mirando a ella!

Debbie incluso se estaba arreglando el pelo, haciendo todo lo posible por que la viera. Kiera miró de Debbie al desconocido, y se preguntó cuándo advertiría a la bellísima rubia al lado de ella.

Los ojos del desconocido no se apartaron jamás de Kiera, y cuando se dio cuenta, el estómago le dio un vuelco.

Se abrieron paso por el corredor hacia el baño de mujeres, y Kiera respiró aliviada. Un desafío menos, otro por delante. Tal vez podía sacar a Debbie del bar. Tal vez si se iban, Debbie no tendría tiempo de posar la mirada en...

—¿Lo viste de nuevo? —dijo Debbie enfervorizada mientras ambas se lavaban las manos.

Kiera sintió que se le cerraba la garganta cuando notó el brillo decidido en sus ojos.

—Iré a hablar con él —declaró. Kiera suspiró resignada. Cuando Debbie se lanzaba al acecho, los hombres tendían a caer rendidos a sus pies.

Se batió la cabellera rubia una vez más, y Kiera se lamentó de no haberse hecho algo un poco más sofisticado con sus rulos rebeldes. Formaban como un halo alrededor de su cabeza, como si fuera una especie de gitana bohemia, en lugar de ser lacios y satinados como el cabello rubio de Debbie. Su amiga tenía incluso esos preciosos ojos azules que podía pestañear con coquetería a cualquier hombre para someterlo a su arbitrio. Kiera se miró los aburridos ojos castaños, deseando por primera vez que su rostro fuera más atractivo, de una belleza devastadora. Si bien tenía pestañas largas, la boca era demasiado ancha y carnosa, la nariz demasiado pequeña para ser cualquier otra cosa que simpática, en lugar de sofisticada y seductora. No tenía las mejillas escuálidas, un rasgo muy a la moda últimamente. Incluso tenía el puente de la nariz y las mejillas salpicadas con pecas, que por lo general se cubría con base, aunque esa noche no se hubiera tomado la molestia de hacerlo, para su gran enojo.

Kiera soltó un suspiro y miró detrás de ella a la curvilínea figura de Debbie, preguntándose cuánto tiempo le llevaría a Debbie tener al desconocido en la palma de la mano.

Salieron del corredor, y Kiera mantuvo la cabeza gacha, no queriendo ver a Debbie apoderarse de otro hombre más. ¿Por qué su amiga no podía pasar éste por alto? ¿Por qué no podía dejar que al menos uno, éste que era tan especial, siguiera su camino, sin caer en sus redes?

De pronto, le cortaron el paso, y alguien le extendió una cerveza con la mano. Levantó la mirada, pero todo lo que vio fue un torso enfundado en tela de jean. Advirtió que se trataba de un torso extraordinariamente musculoso. El corazón le comenzó a latir locamente, porque sabía exactamente quién era. Su mirada siguió subiendo y no lo pudo creer cuando sus ojos color castaño claro atraparon los de él, azules como el hielo.

El hombre le estaba sonriendo, sin advertir siquiera a su amiga rubia, que estaba al lado de ella. Por supuesto, Kiera no tenía ni idea de si Debbie seguía allí o había continuado su camino. De lo único que tuvo conciencia fue de aquel hombre, de sí misma y de su corazón galopante.

—Me encantaría que se me ocurriera alguna frase ingeniosa para llamar tu atención, pero tengo que reconocer que me has dejado mudo —dijo con una voz profunda que parecía chocolate derretido.

Kiera intento sonreír. Hizo un esfuerzo por recuperar el aliento. Pero le era imposible pensar con ese tipo parado tan cerca, emanando ese calor corporal y una increíble fragancia masculina.

—Creo que estoy en la misma situación —respondió, nerviosa.

Él descendió la mirada a las manos de ella y sonrió:

—Vi que estabas tomando cerveza. Te conseguí otra —dijo, refiriéndose a la segunda cerveza que aún tenía en la mano—. Sé que fue un tanto atrevido de mi parte, pero...

Kiera se enderezó rápido: no quería que él creyera que estaba rechazando la oferta.

—No, qué amable... —replicó, tomando la cerveza. Pero sin querer le tocó la mano con la suya y sintió una especie de... ¿corriente eléctrica? Se apartó de inmediato, sin entender lo que sucedía. Desafortunadamente, en ese mismo momento él soltó la cerveza. El resultado fue que ambos volvieron a tomar el vaso con torpeza, la bebida se derramó y le cayó a ella en la mano.

—¡Cuánto lo siento! —soltó con un grito ahogado, horrorizada ante sus toscos modales.

—Es mi culpa —replicó él con su voz profunda y sensual.

—No, en serio, fui yo la torpe —dijo a su vez, mirándolo a sus profundos ojos azules una vez más. Seguía paralizada, ni siquiera podía tomar una bocanada de aire. Se miraron a los ojos, y fue como si el ruido del bar se desvaneciera otra vez, y quedara sólo el ruido de su corazón galopante. Parada delante de ese hombre de porte colosal, que tenía un vaso de cerveza en la mano, el tiempo se detuvo.

—Soy Axel Torpe —dijo con voz suave, y el profundo barítono se deslizó sobre su piel como un bálsamo.

—Yo soy Kiera Ward —replicó. Cuando tomó su mano en la enorme y fuerte de él, ella rogó con toda el alma que las rodillas no le comenzaran a temblar ni se pusiera a vomitar, porque de pronto sentía como si algo le hubiera explotado dentro del estómago.

No tenía ni idea de cuánto tiempo se quedaron parados así. Pudo ser un instante o tal vez media hora. A esas alturas, sinceramente podría haberse quedado mirando esos ojos azules como el hielo durante el resto de su vida.

—¿Qué haces aquí? —preguntó él, tomando una servilleta del bar y limpiándole la mano.

A ella le llamó la atención la fuerza de sus manos. Sus mangas de jean estaban apenas enrolladas y alcanzó a ver los músculos de su antebrazo. Sonrió, pensando que el hombre era más que un tipo lindo. Advirtió por el modo controlado con que se movía que debajo de la camisa tenía músculos que podían soportar la altura y la amplitud de esos increíbles hombros.

Se estremeció e intentó fingir que no se sentía tan afectada por su cercanía. No quería que ese tipo sofisticado se diera cuenta de lo nerviosa que estaba.

—Soy estudiante en Georgetown.

Él sonrió y conversaron sobre los diferentes bares que frecuentaban. La conversación llevó a sus hobbies y empleos. Ella se enteró de que era uno entre cuatro hermanos, y que todos estaban relacionados con la abogacía. Kiera no pudo evitar sentir admiración por que estuviera trabajando en ese momento como asistente de un juez de la Corte Suprema, y sonrió, confiándole que su objetivo era ir a la escuela de leyes de Georgetown.

Kiera no supo cuánto tiempo estuvieron conversando, pero cuando finalmente levantó la vista para mirar a su alrededor una de las camareras estaba repasando las mesas.

—Creo que mejor me voy a casa —dijo, al advertir de pronto que todo el bar se había vaciado en algún momento mientras conversaban. Buscó a Debbie, pero todas sus amigas se habían marchado.

—Te acompaño a casa —dijo Axel con firmeza, y él también se puso de pie.

Ella le sonrió, y sintió alivio porque la noche junto a él aún no terminara.

—Me encantaría —replicó.

Caminaron por las calles de Georgetown, ahora silenciadas. Las veredas irregulares de ladrillos y las casas coloniales de varios siglos de antigüedad aportaban su cuota de encanto e intimidad a su charla. Pero demasiado pronto Kiera se encontró de pie delante de la diminuta casa que compartía con otras cuatro mujeres, y lamentó para sus adentros no seguir viviendo en la residencia de

estudiantes. Entonces, tendría más tiempo para estar con aquel hombre fascinante, ya que la residencia se encontraba más lejos.

—Algo me dice que no te bese —afirmó él acercándose. Kiera sintió que se le aceleraban los latidos del corazón, y levantó la mirada para sonreírle.

—Pero vas a hacer caso omiso de ese palpito, ¿no es cierto? —susurró, shockeada por su audacia. Jamás se había comportado así con un hombre. Siempre prefería aplazar las cosas y conocerlo bien antes de cualquier tipo de contacto físico. Pero Axel tenía algo que la hacía sentir como si ya conociera todo lo que hacía falta conocer de él.

—Eso creo —respondió.

Vio que los ojos se le encendían a pesar de la oscuridad de la noche. Cuando sus labios tocaron los suyos, Kiera se echó atrás, aturdida por el contacto. Pero cuando vio la misma reacción en el rostro de él, un calor le inundó el pecho. No era la única que experimentaba aquella sensación extraña y nueva.

Él la volvió a besar, apenas rozando sus labios con los suyos, una y otra vez, apenas tocándola. Hasta que ella levantó la mano para tocarle la mejilla, indicándole con desesperación que avanzara. Y él avanzó. El siguiente beso echó por la borda todo lo que sabía sobre cómo besar a un hombre. Esto era nuevo, diferente..., terrorífico y sorprendente a la vez. No quería dejar de besar nunca a ese hombre. Así que cuando levantó la cabeza se avergonzó al sentir su respiración irregular. Parecía que acababa de correr una maratón.

—Desayuna conmigo mañana por la mañana —fue una especie de orden y pedido a la vez.

Kiera le sonrió.

—Me encantaría —le dijo, pasando los dedos sobre los hombros y brazos de él. No estaba segura de querer que la volviera a besar. Pero sí, de que no quería dejar de tocarlo.

—No me puedo ir si sigues haciendo eso —le dijo él, sosteniéndole la cintura con las manos, apretándole la piel.

Kiera detuvo las manos. Se mordió el labio, sintiendo casi un dolor físico al pensar en que debía sacarle las manos.

Pero lo hizo. Dio un paso atrás y le sonrió.

—Te veré mañana —susurró, y luego se volvió y entró corriendo rápidamente a la casa. Cerró la puerta con suavidad para no despertar al resto de sus compañeras

A la mañana siguiente desayunó con él, y cenó ese mismo día. De hecho, habían pasado casi todo el fin de semana juntos, y se despidieron el sábado por la noche porque él tenía que trabajar y ella tenía clases. Pero también volvieron a cenar todas las noches de esa semana. Para el viernes por la noche, cuando la vino a buscar a su casa, ella saltó en sus brazos, enroscando las piernas alrededor de su cintura y besándolo con pasión, demostrándole lo que quería del único modo que sabía.

Axel la atrapó aquella noche y no la soltó. La llevó en auto a su departamento, y Kiera ni siquiera pudo ver cómo estaba decorado hasta la mañana siguiente, cuando ambos advirtieron que se habían olvidado de cenar la noche anterior. Él la había tomado en sus brazos en el estacionamiento del condominio y la había comenzado a besar hasta que terminaron cayendo juntos sobre la cama.

Él fue su primer amante, y el hombre más tierno, solícito y dulce que jamás hubiera conocido.

Le llevó menos de veinticuatro horas darse cuenta de que estaba enamorada de Axel Thorpe. Y cada vez que estaban juntos, lo hallaba más fascinante, más increíble. Discutían y peleaban por cosas pequeñas. Pero era una de esas relaciones tan fuertes que, para cuando advertían que se estaban peleando, comenzaban a reírse y terminaban haciendo las paces y pidiéndose perdón.

Todo fue perfecto hasta aquel día fatídico en que la pasó a buscar con una sonrisa de oreja a oreja en su apuesto rostro. Ella sonrió mientras se deslizaba dentro de su auto, un modelo deportivo de baja altura.

—¿Novedades? —preguntó Kiera, excitada por lo que fuera que lo estaba haciendo sonreír. Acababa de terminar sus finales, pero había decidido anotarse en cursos de verano para estar más cerca de Axel durante los meses del estío. Incluso habían discutido la posibilidad de alquilar una casa sobre la playa para el fin de semana largo del Día del Trabajador, cuando terminaran los cursos de verano de ella y comenzara el primer cuatrimestre.

La besó suavemente antes de prender el motor.

—Te lo diré a la hora de la cena.